

➤ *Fiesta de la Trinidad (2010). 'Os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer' (Juan 15, 15). En esta afirmación de Jesús se encierra el mensaje del cuarto evangelio: Cristo ha venido a darnos a conocer todo lo que sabe del Padre. Como hijo de Dios, ha venido a revelarnos, a través de sus palabras y obras, al Padre que está en los cielos. Por eso puede decir: 'Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre'». Por ello, nuestra amistad con Jesús nos puede ayudar para aproximarnos no sólo al misterio de Cristo, sino también a la realidad del misterio de la Trinidad.*

❖ Cfr. César A. Franco Martínez, *Cristo, nuestro amigo, Diálogo con trama de Evangelio*, Ed. Encuentro 2010, capítulo II, Jesús nos llama amigos, pp. 33-50 ¹

○ **Jesús llama amigos a sus discípulos.**

▪ **Cuándo los llama amigos y contenido de esa amistad. La relación de Jesús con su Padre Dios.**

(...)

Amigo: Y ¿cuándo llamó Jesús a sus discípulos *amigos*?

Obispo: Durante la última cena. Cuando terminaron de cenar, Jesús dirigió a los apóstoles unas palabras de adiós llenas de emoción y ternura. Sabía que iban a sufrir mucho con su muerte y quería animarlos a superar la prueba de la separación. En ese clima de intimidad, Jesús les dice estas palabras: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» ². En estas palabras, que guiarán nuestra conversación, Jesús parte de una afirmación muy común entre los filósofos griegos, que ponían la esencia de la amistad en la capacidad de dar la vida por los amigos. Platón, por ejemplo, dice en el *Banquete*: «A morir por otro están decididos únicamente los amantes» ³. Jesús no sólo lo dice, sino que lo hace. Más aún, cuando llama «amigos» a los discípulos, les da la razón de llamarlos así: «Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer».

Amigo: Conozco pocas cosas de Jesús y no comprendo bien qué quiere decir esto. Yo tengo amigos y hablamos de nuestras cosas, inquietudes, planes. Me resulta extraño oír que la razón por la que Jesús llama *amigos* a los apóstoles sea la de haberles contado las cosas que ha oído a su Padre.

Obispo: Tienes razón. En estas palabras misteriosas se esconde todo el secreto de Jesús y la grandeza de su revelación al llamarlos amigos y no siervos. Los amigos, ciertamente, hablan de sus asuntos, pero también de sus secretos más íntimos. Quizás te ayude saber que los asuntos de Jesús, o sus secretos, son los de Dios. Por eso dice Juan que Jesús nos «contó a Dios» ⁴, lo dio a conocer. Para entenderlo bien, conviene que sepas cómo narra Juan la vida de Jesús y a qué se refiere cuando habla de las cosas que Jesús ha oído a su Padre. Cuando tengas tiempo, lee muy despacio su evangelio; si entiendes bien esto, conocerás el secreto de la amistad que Jesús te ofrece.

Te he dicho que Juan es como un águila que se remonta muy alto para ver las cosas desde Dios. Pues bien, lo mismo hace para hablarnos de Jesús. Los evangelios de Mateo y de Lucas comienzan la historia de

¹ El autor ha escogido el género del diálogo entre un joven y un obispo para hablar de nuestra amistad con Cristo. «Naturalmente, el diálogo es ficticio, pero no el contenido del mismo, que toca los fundamentos de la fe y las preguntas que el hombre se hace ante la persona de Cristo, cuando es alcanzado por su luz y atraído hacia su amistad» (Prólogo). «Os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Juan 15, 15). En esta afirmación de Jesús se encierra el mensaje del cuarto evangelio: Cristo ha venido a darnos a conocer todo lo que sabe del Padre» (Prólogo). «Cristo, como hijo de Dios, ha venido a revelarnos, a través de sus palabras y obras, al Padre que está en los cielos. Por eso puede decir: 'Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre'» (p. 37). Por ello, este capítulo sobre nuestra amistad con Jesús nos puede ayudar para aproximarnos no sólo al misterio de Cristo, sino también a la realidad del misterio de la Trinidad.

² Juan 15,13-15.

³ 179c. Citamos según la versión de M. Martínez Hernández, Platón, *Banquete* (Biblioteca Clásica Gredos), Barcelona 2007, 74.

⁴ Juan 1,18.

Jesús narrando su milagrosa concepción en el seno de la Virgen, su nacimiento y algo de su infancia. Marcos nada dice de su nacimiento e infancia y presenta a Jesús en la edad adulta. Juan, por su parte, no se sitúa en el tiempo, sino que se remonta a la eternidad. Nos dice que Jesús, a quien llama *Logos* — que significa Verbo, Palabra o Sabiduría —, estaba desde la eternidad en Dios y era Dios. En el momento cumbre de la historia tomó nuestra carne para habitar con nosotros y poder comunicarnos la misma vida de Dios. Cuando habla de Jesús, Juan tiene siempre presente que su origen es el mismo Dios, de donde ha venido para traernos la vida eterna. De ahí que cuando se despide de los apóstoles antes de morir, no dice que va a morir, sino que utiliza una fórmula muy expresiva: «Me voy al Padre»⁵. Su muerte es la hora de «pasar de este mundo al Padre»⁶. La vida de Jesús, por tanto, se desarrolla entre este doble movimiento, que él mismo describe así: «Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre»⁷. El Padre es todo para Jesús, de tal forma que lo que diga y haga será lo que haya visto y oído del Padre. Su alimento es hacer la voluntad del Padre⁸. Entre el Padre y Jesús hay una unidad inquebrantable. Por esta razón, quien recibe al Hijo, recibe al Padre que lo ha enviado⁹.

Si tienes esto en cuenta, observarás, leyendo el evangelio, que Jesús, en su enseñanza, se remite al Padre: sus palabras son las que ha oído a su Padre; sus obras, las que el Padre le ha ordenado hacer. Dicho más sencillamente: Cristo, como Hijo de Dios, ha venido a revelarnos, a través de sus palabras y obras, al Padre que está en los cielos. Por eso puede decir: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre»¹⁰.

Amigo: Entonces, ¿no hay distinción entre el Padre y el Hijo?

Obispo. Sí, la hay. Son dos personas distintas en el único Dios. Pero están unidos por un amor tan grande que el Hijo manifiesta su amor al Padre cumpliendo en todo su voluntad. No hace nada que no agrade al Padre.

Amigo: Y ¿por qué le mataron?

Obispo: Porque no quisieron reconocer que era el Hijo de Dios, de su misma condición divina. Naturalmente, en la muerte de Jesús intervinieron muchos factores: la traición de Judas, la cobardía de Poncio Pilato, el celo de algunos dirigentes judíos, celo que disfrazaron con acusaciones de tipo político. En el relato del juicio de Jesús según Juan, queda claro, sin embargo, que la razón última de su condena fue no aceptar que, en sus obras y enseñanza, Jesús manifestaba su condición divina. De ahí la acusación de las autoridades religiosas ante el procurador de Roma: «Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios»¹¹. Era escandaloso para la mentalidad judía que un hombre de carne y hueso manifestara pretensiones divinas. Se consideraba blasfemo hablar como Jesús hacía. Por eso, tuvo que defenderse en varias ocasiones apelando a sus milagros, que revelaban claramente su poder divino. Sin embargo, a pesar de estas obras, fue rechazado por quienes tramaron su muerte.

Amigo: ¿Por qué se dice entonces que Jesús dio la vida por sus amigos? Según lo que dices, da la impresión de que fueron los enemigos de Jesús quienes le quitaron la vida.

Obispo: En la muerte de Jesús hay dos planos. La trama humana, que se teje en torno a la muerte de Cristo, y el plan de Dios, que se vislumbra detrás de esa trama de personas, intrigas y motivaciones. Te pondré un ejemplo: se dice que Judas fue el que *entregó* a Cristo¹². Pero este mismo verbo —*entregar*— aparece cuando Pilato *entregó* a Jesús para que lo crucificaran¹³. Estos dos personajes son responsables directos de la muerte de Jesús. Ahora bien, Juan utiliza un verbo muy similar —*dar*— para decir: «Tanto amó Dios al mundo que dio (= *entregó*) a su Hijo Unigénito a fin de que todo el que crea en él no perezca, sino alcance vida eterna»¹⁴. Quiere decir que Dios ha sido el primero en darnos a su Hijo por amor¹⁵. Y esa entrega

⁵ Juan 16,10.

⁶ Juan 13,1.

⁷ Juan 16,28.

⁸ Juan 4,34.

⁹ Juan 13,20.

¹⁰ Juan 14,9.

¹¹ Juan 19,7.

¹² Juan 18,2.

¹³ Juan 19,16.

¹⁴ Juan 3,16.

¹⁵ H. Urs von Balthasar, Gloria. Una estética teológica. Vol. 3: Estilos Laicales, trad. de J.L. Albizu: «Dios mismo...

llevaba consigo la muerte. Lo mismo quiere decir Jesús cuando afirma que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Ya antes de morir, Jesús había manifestado con claridad su libertad ante la muerte: «Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ésa es la orden que he recibido de mi Padre»¹⁶.

Amigo: No entiendo todavía por qué la muerte de Jesús era un signo de amor hacia sus amigos. Normalmente, cuando se habla de dar la vida por alguien, es porque está en peligro de perderla; se trata de ponerse en su lugar para que no muera.

Obispo: Lo has dicho muy bien. Así fue también en el caso de Jesús. Jesús se puso en nuestro lugar y murió por nosotros. La diferencia está en que no lo hizo para librarnos de un peligro inmediato de perder la vida física, sino la vida eterna, que va más allá de la muerte y que el hombre arriesga cuando peca. Cristo ha venido a darnos la Vida eterna, la que el hombre había perdido por el pecado. La muerte de Jesús es el don de sí mismo para salvarnos del pecado. En la última cena, cuando toma el cáliz con el vino, dice que es su sangre derramada para el perdón de los pecados de todos los hombres. Cuando una persona es salvada de un peligro inminente o rescatada de una muerte segura, se dice que le debe la vida a quien le ha salvado: un médico, un policía, alguien que le socorre. El pecado nos aparta totalmente de Dios, nos sitúa en la enemistad con él: es la muerte en su sentido más profundo. Sólo Cristo, por ser Dios, podía cambiar ese estado de enemistad: su muerte nos reconcilia con Dios, nos devuelve a la condición de amistad con Él. Cristo, por tanto, ha venido a darnos la vida eterna que habíamos perdido por el pecado. El evangelio de Juan presenta a Jesús, desde su primera aparición pública, como aquel que quita el pecado del mundo¹⁷, el que nos trae la gracia y la vida de Dios.

Amigo: Si Cristo ha muerto por todos los hombres, ¿quiere decir que todos los hombres son sus amigos y a todos les ofrece la amistad?

Obispo: Ciertamente, todos los hombres están llamados a la amistad con Cristo, aun cuando no lo sepan o no quieran acoger su amistad. Dice Benson que «la amistad de Dios es un río a cuyas aguas puede acercarse cualquier hombre que lo desee»¹⁸. Según me has dicho, conoces a muchos cristianos que no viven como amigos de Jesús, sin duda porque no han descubierto que viven gracias a Él. Si no valoramos el pecado y sus consecuencias tan negativas, no entenderemos el gesto de Cristo de morir por nuestros pecados. Quien no percibe que tiene una enfermedad mortal no agradecerá al médico los intentos por salvarle. La frialdad que muchos cristianos experimentan hacia Cristo se debe a esto: no son conscientes de que ha muerto por ellos. Y al revés: cuando una persona reconoce que Cristo le ha dado la Vida, se vuelve hacia él para darle gracias y vivir en su amistad. Así lo dice Juan al comienzo y al final de su evangelio. En el prólogo, cuando presenta a Jesucristo, dice que «en él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres»¹⁹. Al concluir su obra, afirma que la ha escrito para que «creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre»²⁰. La expresión «en su nombre» significa *en su persona*, porque en el pueblo judío el nombre era la representación de la persona. Tener vida en el nombre de Jesús quiere decir *en él*. Pero ya te he dicho que no habla de la vida física, que hoy tenemos y mañana no, sino de la Vida eterna, la que viene de Dios y desemboca en él.

(...)

dejó primero a su Hijo por amor al mundo a merced de los hombres».

¹⁶ Juan 10,18.

¹⁷ Juan 1,29.

¹⁸ R.H. Benson, *La amistad de Cristo* (Libros de bolsillo 54), trad. de V. Martín Pindado, Madrid 1989, 146.

¹⁹ Juan 1,4.

²⁰ Juan 20,31.